

La vida plena

Enrique Graue



Octavio Rivero Serrano en su faceta de pintor

Permítanme iniciar recordando que hace unos días, en una emotiva ceremonia, el rector José Navarro dio formalmente inicio a las actividades que constituirán la celebración de la última centena de años de esta Casa de Estudios.

Estamos conmemorando casi cien años de habernos constituido como la Universidad Nacional.

Han sido cerca de cien años de haber influido en la vida nacional, de haber gestado instituciones de educación superior, de haber colaborado con la formación de cientos de miles de profesionistas; de ser la fuente más importante de la investigación científica y de haber estado en la vanguardia de la cultura y de las artes.

Han sido estos últimos cien años un constante movimiento hacia el futuro. Pero en ciertos momentos, como éste, es conveniente hacer un espacio y detenerse a recordar y reconocer. Por ello este homenaje.

Cien años cumplirá la Universidad Nacional el próximo año, y cincuenta de ellos tiene el doctor Rivero Serrano como docente de la Facultad de Medicina.

Con motivo de esta celebración, a un grupo de universitarios se nos ocurrió hacer un libro que reuniera los testimonios que, sobre la persona de Octavio Rivero Serrano, podemos expresar quienes hemos

tenido la oportunidad de interactuar con él y que compartimos ese afecto.

Las líneas que en ese texto escribimos muchos de nosotros, estoy cierto, tienen algo en común: la amistad que nos une a él. Ese libro tuvo una única finalidad: plasmar en un texto aquellas palabras que puedan decirle a Rivero Serrano lo que se le aprecia y se le quiere. En mi caso debo decir, que aunque conocía someramente a Rivero Serrano no fue sino hasta la División de Posgrado que lo descubrí.

Cuando uno asume una responsabilidad administrativa, como ésta, hay una cierta incomodidad. No se sabe bien dónde están los lápices, qué tecla del teléfono apretar o en quién depositar confianzas e inquietudes.

Bien pronto encontré que en Octavio Rivero se podía confiar. Hoy en día a eso le dicen empatía. Porque Rivero emite esa química volátil que encontré en mí, receptores de confianza y simpatía. No pasó mucho tiempo sin que le expresara dudas e inquietudes y la opinión de Rivero fue, desde un principio, de gran valor. Me dio certeza en las acciones. En consecuencia me aprendí el caminito a su oficina y sus horarios. Reconocí en él su experiencia y buen juicio, al tiempo que me otorgó su amistad.

No. Yo no podría referirme a Rivero Serrano como a mi amigo. Él es alguien que me honra con su amistad. Entre ambas aseveraciones hay sutiles diferencias. Con los amigos se crece y se viven, sin diferencias escalafonarias, las peripecias de la vida. Con las amistades, como la que me une a Rivero Serrano, se comparten sentimientos e intereses. Yo comparto con Rivero, el sentido que él tiene de la vida, el interés por la gente, por la Universidad y por México.

Creo también compartir con él la forma de ver la vida: Octavio Rivero Serrano no tiene atavismos religiosos ni excesos de compromisos sociales. Lo que piensa, lo expresa y lo hace coherente con su actuar. Ve y vive la vida con responsabilidad; sin estoicismos lacerantes, pero siempre con compromiso social; imagina, piensa y actúa sin temor a equivocarse, porque entiende que muchas veces es mejor decidir y arriesgarse a una equivocación,

a dejar de actuar. Por eso para él la vida es una acción permanente y sabe que el actuar es divertido. Esto le da a su vida un sentido alegre y jovial.

Es también el doctor Rivero un hombre culto, con diversidad de intereses en las artes: La música no le es ajena y las distintas expresiones culturales le entusiasman; se sabe relajar en la pintura y tiene color y plasticidad; se entusiasma en los deportes y los practica de acuerdo a sus habilidades y edad; y —si se trata de los Pumas— es un apasionado del fútbol.

Como todos ustedes lo conocen, saben ya que Rivero es un ser humano completo y diverso. Su diversidad también se expresó genéticamente. De los genes Rivero y Weber surgieron: Un médico, un músico, una filósofa, una comunicóloga política y una restauradora de arte. Tal multiplicidad genética cultural sólo es explicable en el seno de una familia en donde se cultivaron, con igual respeto, todas las áreas del conocimiento. Sin duda, en ello, el ejemplo de Octavio Rivero Serrano tuvo mucho que ver.

Después de haber sido lo que fue, Octavio Rivero Serrano es aún un hombre sencillo y jovial. Lo es naturalmente. Mantiene intereses y compromisos y es fiel a ellos. Quiere a sus amigos y los quiere bien, ama a sus hijos con intensidad y es un amoroso compañero de Marta.

Octavio Rivero Serrano es un hombre feliz y satisfecho.

Guarden ustedes este libro para que Octavio Rivero esté siempre con nosotros y tengamos acceso a su recuerdo.

Guárdelo usted maestro, para que sepa todo lo mucho que se le aprecia y se le estima.

U

Han
sido
estos
últimos
cien
años un